

Naturalmente, la mejor e insuperable definición de capitalismo la dio Jesucristo. «Al que tiene mucho, se le dará más; y al que tiene una nonada, esa misma nonada que tiene se le quitará y se le dará al que tiene mucho.» Así nos lo ha conservado Mateo en su *Evangelio* (25, 15-30), y sólo Mateo. Por algo fue el único, entre los evangelistas y apóstoles, de oficio publicano o recaudador oficial de tributos, y banquero.

Capitalismo es el sistema — perfectamente montado y eficaz— de dar cada vez más al que tenga mucho; y de quitar, al que tenga poco o una nonada, eso mismo que tiene, y dárselo al que tuviera mucho.

El capitalismo queda, pues, definido por Jesús —y captada perfectamente su definición por el economista Mateo— como sistema de acumulación indefinida e incesante, a costa de un pauperismo indefinidamente creciente.

Claro está que no descubro ni el Mediterráneo ni el Caribe, al afirmar que tal sentencia de Jesucristo es la definición mejor de capitalismo. Por años de años ha estado circular en países y personas que leen la Biblia, por ejemplo, Inglaterra. Y un eco de tal caracterización, tajante y cruel, pudiera ser el comentario del discreto e inteligente teórico de la economía capitalista J. R. Hicks, al escribir: «Puede discutirse si es o no una regla en asuntos económicos aquella de que al que tiene se le dará; mas no cabe duda de que es una regla en negocio

de préstamo la de que “Al que tiene se le prestará”.» Tolérese la pedantería de citar obra, página y edición: *The social framework, an Introduction to Economics*, tercera edición, año 1960, página 93.

Podrá discutirse o aceptarse eso de que tal sentencia de Jesús sea o no una *regla* en economía; de eso y de mil otras cosas de economía sabe Hicks muchísimo más que yo; pero tal vez sepa yo más que él en eso poquito —cuestión de olfato lógico—: tal sentencia de Jesús es la definición de capitalismo. Es su definición, su empresa, su montaje —y su éxito. No otra es la definición, y el efecto, de la bomba aspirante en física. O con la frase clásica de Marx, clásicamente cruel: «*Acumular, acumular; que eso es vuestro Moisés y los profetas*».

Pero vale la pena, dado el real desconocimiento —si no miedo—, al leer la Biblia, entre nuestros pueblos «cristianos» y «católicos», que transcribamos el texto íntegro: «Se parece el reino de los cielos (25, 1-2) a un hombre que, antes de irse de viaje, convocó a sus propios siervos y les repartió de sus dineros. A uno dio cinco talentos; a otro, dos; a otro, uno. A cada uno de ellos según sus facultades, y se marchó. En saliendo, el que recibió cinco talentos los puso a trabajar y ganó otros cinco; y lo mismo hizo el que recibió dos, que ganó otros dos. Mas el que recibió uno, se fue inmediatamente a enterrar la plata de su señor. Al cabo de mucho tiempo volvió el señor de esos siervos, y se puso a tomarles cuentas. Y acercándose el que recibiera cinco talentos, le entregó otros cinco, diciendo: Señor, cinco talentos me disteis, otros cinco he ganado. Díjole el señor: perfectamente, siervo bueno y fiel, has sido fiel en lo poco, a más te levantaré. Entra a gozar con tu Señor. Acercándose el de los dos talentos, dijo: Señor, dos talentos me disteis, dos he ganado. Díjole el señor: bien, siervo bueno y fiel; en lo poco has sido fiel, a más te levantaré. Entra a gozar con tu Señor. Llegándose, empero, el que recibiera un solo talento, dijo: Señor, sé que eres hombre duro, que recolectas donde no sembraste, y sacas de donde no echaste; así que, temiéndote, apenas salido enterré tu talento. Aquí tienes lo tuyo. Respondióle el Señor, diciendo: siervo malo y perezoso ¿sabías que recolecto donde no siembro, y saco de donde no eché? Pues debías haber dado mi dinero a los banqueros; así,

al volver, recibiría lo mío con mis intereses. Quitadle el talento, y dádsele al que tiene cinco. Porque a todo el que tiene se le dará, hasta que le sobre, pero al que tiene una nonada, esa misma nonada se le quitará. Al siervo inútil echadlo a las tinieblas exteriores; allí le llorarán los ojos y le castañearán los dientes» (25, 15-30).

Si el reino de los cielos se va a parecer a eso, estamos averiados. Fuera otro reino capitalista, y fuera obligación de los cristianos implantar y defender aquí el capitalismo, de ese tipo el más despreciable: el de capitalista rentista; y fuera rei-no para tales siervos, alabados por fieles y buenos, tan sin dignidad que, siervos de alma, más que de cuerpo, ganan para el señor —que se fue de viaje o de turismo— el cien por cien. En aquellos tiempos, y aun en estos, un talento era toda una fortuna, algo así como cuatrocientos dólares. Ya había banqueros —*trapedseísta*, dice literalmente el texto griego— que pagaban tal interés o «hijo» (*tokos*) del capital. El siervo a quien se dio un talento no hubiera recibido los calificativos de pere-zoso e inútil, si lo hubiera puesto a interés, en el banco de Mateo, y, por lo demás, se hubiera dedicado a perezosear. ¡Por qué cosas se merecen en un sistema capitalista los calificativos de fiel y bueno!; Y qué alma de siervo es preciso tener para darse por honrado con tales calificativos, y para entrar a gozar del banquete del regreso de tal señor! Mientras que al siervo que no tenía alma de siervo, y poseía ade nās —¡oh prodigio para el siglo !!— conciencia de economía humana, y valentía para cantar al señor las verdades, se lo echó de la casa a la oscuridad de la calle, del campo —no iluminados entonces, siempre fríos e inclementes; sus ojos debieron lagrimearle de frío, y sus dientes castañearle de rabia. Nos hallamos ante el primer proletario consciente.

Si a eso se va a asemejar el reino de los cielos (*homoi-thesetai he basileia tou ouranou*, 25, 1), nada tiene de extraño, y muchísimo menos de inconsecuente, el que renuncie a él, y a su forma visible en este mundo, los que no acépten baños y banqueros, capital e intereses. Para entrar en tal reino celestial dé estilo capitalista sería, para los cristianos, condición indispensable, y mérito, además de adecuada preparación, el ser aquí capitalista-individuo o sociedad.

Convengamos, por respeto a Jesucristo, en que a los copistas del texto griego —que no gozaban de infalibilidad e impecabilidad— se les escapó la palabrita «no» —son tres letritas en griego. «No se parecerá el reino de los cielos...» ni a las diez vírgenes ni a los siervos y al señor de los talentos.

Por suerte hay en los Evangelios otras sentencias que permiten justificar la sospecha de que los copistas se saltaron el no —no por sabotaje, siempre posible, sino por cansancio visual. « ¡enaventurados los pobres de verdad, porque de ellos es ya el reino de los cielos», «No atesoréis tesoros en la tierra», «No podéis servir a íos y al dinero». «El engaño de la riqueza ahoga la razón y la hace infecunda.» «Es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja que entre un rico en el reino de los cielos»... Todo esto lo ha conservado el mismo Mateo en su Evangelio. Y no son sentencias de tipo parábola. Lo es la de las diez vírgenes, y la de los talentos. La parábola se presta a una interpretación irónica, de cruel ironía a veces. Su sentido real puede ser el inverso del directo o literal. Que el sentido directo o literal de la parábola de los talentos justifique y defina al capitalismo más que el inverso real lo condene —precisamente por definirlo tan deslumbrante y despiadadamente— es el convencimiento de muchos individuos —algunos cristianos, inclusive— y de ciertas, y muy pocas, naciones.

Atengámonos a las sentencias; refiriéndose a ellas cobrarán su fuerza aquellas palabras de Whitehead: «*As society is now constituted a literal adherence to the moral precepts scattered throughout the Gospels would mean sudden death*» (*Adventures of ideas*, p. 1, CI, s. III).

Si las iglesias cristianas, y los cristianos, cumplieran tales sentencias y preceptos, la sociedad capitalista moriría de muerte repentina —así piensa Whitehead. Tal vez fuera más acertado decir que, en tal caso, la sociedad capitalista asesinaría a la Iglesia. No nos metamos a averiguar lo que preferiría en tal caso y trance la Iglesia: ¿Morir asesinada por la sociedad capitalista, o ucidarse para cumplir el Evangelio?